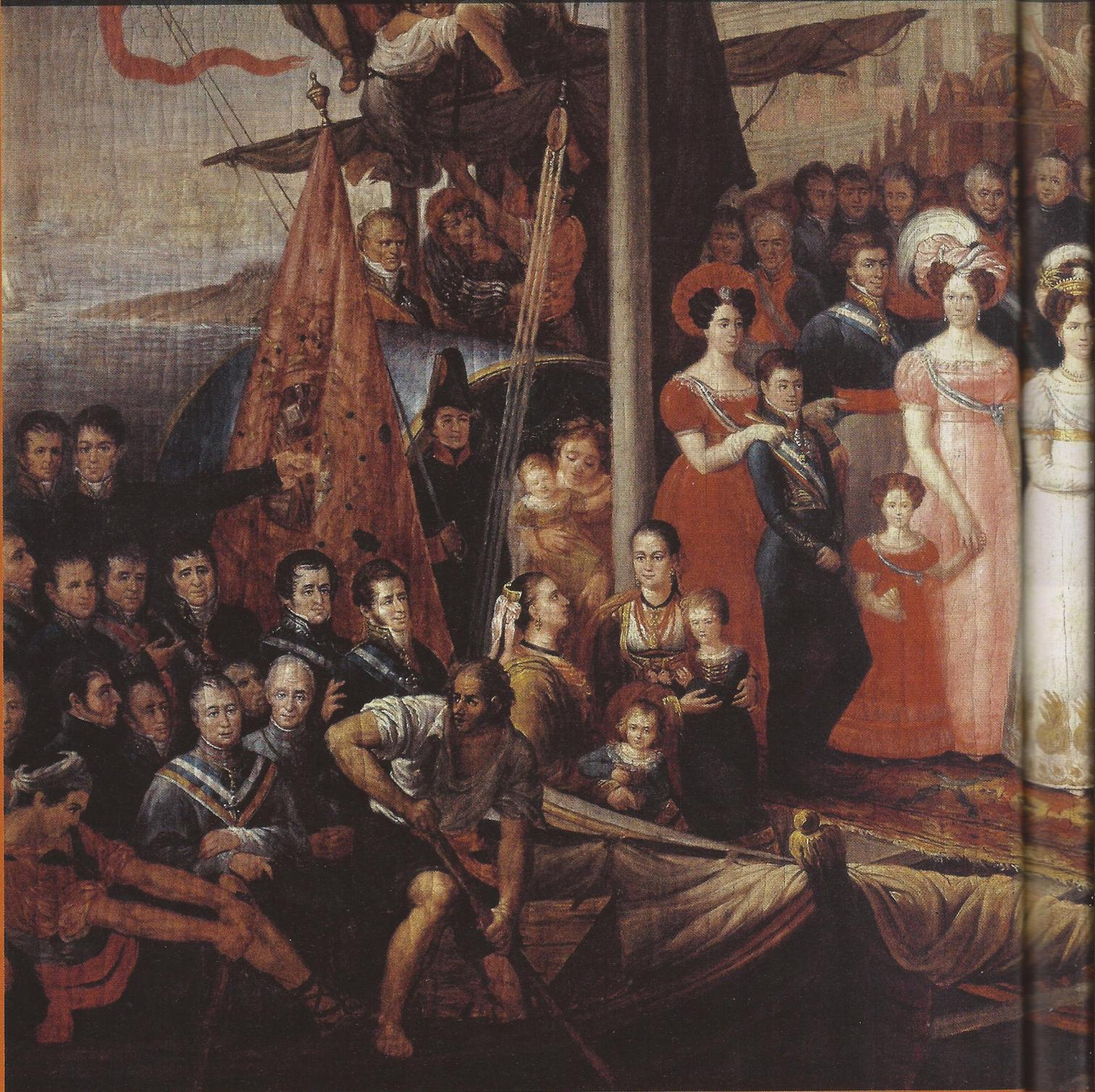


EL SUEÑO FRUSTRADO D

Los avatares de la época le quedaron grandes a Fernando VII, que destruyó las esperanzas del liberalismo en España. ¿Cómo le ha juzgado la historiografía?

JOSÉ CALVO POYATO, DOCTOR EN HISTORIA



O DEL LIBERALISMO

las
?



FERNANDO VII saluda al duque de Angulema, 1823. Lienzo de José Aparicio Inglada, 1827.



Para entender algunos aspectos de la personalidad de Fernando VII, el monarca español con peor perfil biográfico, así como los acontecimientos de la segunda mitad de su reinado (a partir de 1820), es necesario no perder de vista el horizonte de la política europea tras la derrota de Napoleón. Sus campañas habían provocado una gran conmoción, tanto desde el punto de vista militar como por la agitación política de las conciencias (difusión de los planteamientos que había alumbrado la Revolución Francesa de 1789 y estímulo del nacionalismo en amplias zonas de Europa). Tal sacudida trató de conjurarse en el Congreso de Viena, celebrado bajo la batuta del canciller austríaco Klemens von Metternich. Las potencias absolutistas europeas, encabezadas por Rusia, Austria y Prusia, más la Francia donde los Borbones habían sido restaurados en la figura de Luis XVIII y la España de Fernando VII, trataron de “tender un puente” entre 1789 y 1815, como si nada hubiera ocurrido en ese cuarto de siglo.

En aquel congreso se buscó restablecer el orden en que se asentaba el Antiguo Régimen, en que se cuestionó por la oleada revolucionaria. Únicamente Gran Bretaña, regida por una monarquía constitucional, quedaba al margen de esa formulación, aunque condescendía con ella. Los acontecimientos, sin embargo, no discurrieron como quisieron dejar for-

mulados los diplomáticos reunidos en la capital del Imperio austríaco.

En España y en amplias zonas del medio día europeo se produjo una oleada de revoluciones liberales en torno a 1820 que dio lugar a fuertes enfrentamientos con los absolutistas. En ese marco hemos de situar el pronunciamiento del coronel Rafael del Riego con el que se inicia el llamado Trienio Liberal. Un período en el que la actitud de Fernando VII dio un paso más hacia la configuración de una imagen que terminaría por convertir al monarca en una de las figuras más abominadas de nuestra historia.

Había sido el Deseado, y su entrada en Madrid, tras el motín de Aranjuez, fue apoteósica. Durante la guerra de la Independencia siguió siendo el Deseado, y, por defender su trono, los españoles se habían enfrentado a los ejércitos napoleónicos y

POCOS RECORDABAN SU LAMENTABLE PAPEL EN LOS SUCESOS DE EL ESCORIAL, ATRIBUIDOS A GODOY

rechazado a José Bonaparte. Terminada la contienda, fue recibido en olor de multitudes, y eran pocos quienes recordaban el lamentable papel que había desempeñado en los sucesos de El Escorial del otoño de 1807, que eran atribuidos a la maldad del “choricero”, como motejaban a Godoy, el valido de sus padres. Solo en círculos muy reducidos se tenía conocimiento de



CONGRESO DE VIENA, litografía, siglo XIX. A la izqda., Godoy, por Francisco de Goya, c. 1800.

los bochornosos episodios vividos en Bayona los mismos días en que los madrileños se levantaban contra la presencia francesa en la península. Su renuncia al trono era considerada una consecuencia de la perfi-

dia de Napoleón. Tampoco eran del dominio público las felicitaciones que dedicaba al emperador por sus éxitos militares en plena guerra de la Independencia.

Juicio al rey

La imagen detestable que acompaña a Fernando VII se iniciará a su regreso de Francia en 1814, pero, sobre todo, será con



su actitud a partir de 1820 cuando se cincele definitivamente. En opinión del historiador Miguel Artola, ese perfil, que deja salir a la luz sus peores sentimientos, está íntimamente relacionado con el hecho de haber vivido una adolescencia en pésimas circunstancias. Por su condición de hijo del rey, sabe que es el heredero de la Corona, pero, en cambio, era Godoy quien recibía los agasajos de sus progenitores. En varios momentos llegó a temer por su trono en un ambiente de relaciones familiares desastrosas, en el que sus padres se convirtieron en sus enemigos.

El juicio negativo que ha merecido está ligado a su incapacidad como gobernante y a la doblez de que hizo gala continuamente. Actuaba según su particular conveniencia e interés, olvidándose del papel

que había de asumir como monarca. La entidad de los problemas a los que hubo de enfrentarse solo permite matizaciones de dicho juicio. Ciertamente, aquel fue un tiempo de dificultades, en el que se vivió la quiebra del Antiguo Régimen. En el caso español, esta se produjo en medio de una guerra particularmente cruel, en la que empezó a gestarse lo que, con el correr del tiempo, se conocerá como "las dos Españas". No olvidemos que, durante la guerra contra Napoleón, en el bando de los llamados patriotas combatieron tanto quienes deseaban mantener intactas las estructuras políticas, sociales y económicas en que se sustentaba la monarquía absoluta como quienes abominaban de ellas y se mostraban partidarios de una Constitución y defensores de las libertades que conllevaba.

Unos apostaban por seguir siendo súbditos y otros por convertirse en ciudadanos.

La valoración de Fernando VII es heredera directa de la historiografía liberal, que, como señala Rafael Sánchez Mantero, se mostró inmisericorde con un monarca que encarnaba todo lo que ellos rechazaban. Era condenado tanto por su populismo y connivencia con el pueblo (para los liberales, una masa inculta proclive al absolutismo) como por su desprecio a la soberanía nacional, representada por las minorías liberales. La senda marcada por dicha historiografía fue seguida por la que imperó en las primeras décadas del siglo xx. No será hasta mediada dicha centuria, en un ambiente político de dictadura conservadora, cuando se maticen algunas actitudes del rey. Se resaltaron su casticismo, su afi-



ENFRENTAMIENTOS tras la proclamación de la Constitución de Cádiz, 1820. Grabado de la época.

ción por los toros, convertidos en fiesta nacional, o su decisión de crear el Museo del Prado como factores a considerar a la hora de definir su perfil. El historiador Federico Suárez planteó la necesidad de revisar la figura del monarca y su reinado sobre la base del análisis de la documentación de la época. Por su parte, José Luis Comellas, en *Los realistas durante el Trienio Constitucional*, manifestaba su propósito de ofrecer una imagen de Fernando VII menos sesgada y más ponderada que la acrisolada por la historiografía decimonónica de la que se había bebido hasta entonces. Resaltó algunos logros, como la nivelación del presupuesto en la última parte de su reinado y la publicación del Código de Comercio, así como la reorganización de la Hacienda y el Ejército. Esos logros no fueron obstáculo para que admitiera que el personaje actuó con favoritismo y arbitrariedad, señalase su incapacidad para resolver los problemas y

sostuviese que carecía de la visión que ha de exigírsele a todo gobernante.

La historiografía de finales del siglo xx y comienzos del xxi ha abandonado la polémica en torno a la figura de Fernando VII, al que considera incapaz de hacer frente a las graves dificultades que planteaban las circunstancias históricas en que le tocó

una escuadra al zar de Rusia, Alejandro I. La lamentable situación en que se encontraba la armada española (según el especialista José Cervera Pery, después de la guerra de la Independencia contaba con 16 buques, de los que solo 4 estaban en condiciones de navegar) llevó a las autoridades a la adquisición de barcos

LA HISTORIOGRAFÍA MÁS RECIENTE HA MODIFICADO LA IMAGEN DEL REINADO, PERO NO LA DEL MONARCA

reinar. Al mismo tiempo, también señala lo inadecuado de juzgar los fenómenos históricos del momento desde perspectivas actuales. En definitiva, la historiografía más reciente ha modificado la imagen del reinado, pero no tanto la del monarca.

La escuadra rusa

Un ejemplo de esa incapacidad lo tenemos en el escandaloso asunto de la compra de

con los que transportar tropas desde España para confrontar a los insurrectos en Hispanoamérica. Se compraron a Francia cinco buques (corbetas y goletas) a través de oficiales de la Armada. Fue una buena operación, tanto por el precio como por el estado de las naves.

Pero todo cambió cuando, para ampliar esa flota, fue la camarilla próxima al rey (formada, entre otros, por el barbero Mos-

coso, el canónigo Escóiquiz, el esportillero Ugarte o el aguador Chamorro, y de la que participaba el embajador ruso Tatishchev) la que se hizo cargo de comprar a Rusia ocho buques (cinco navíos de línea y tres fragatas) por la escandalosa suma de casi setenta millones de reales. La operación se llevó a cabo a espaldas del ministro de Marina y de los mandos de esta. Cuando los buques llegaron a Cádiz, en febrero de 1818, se comprobó que la madera de sus cascos estaba podrida y no se encontraban en condiciones de viajar a América.

En Cádiz, donde se estaba concentrando el ejército que debía cruzar el Atlántico, el ambiente se enrareció, no solo por el fiasco de la “escuadra rusa”, sino también porque la masonería, muy arraigada entre la potente burguesía de la ciudad, trataba de soliviantar los ánimos de las tropas, según cuenta en sus *Memorias* Antonio Alcalá Galiano, hijo de uno de los héroes de Trafalgar. En ese contexto, el coronel

LA CAMARILLA DEL REY, SIN INFORMAR A LA MARINA, **COMPRÓ EN RUSIA UNA ESCUADRA EN PÉSIMAS CONDICIONES**

Rafael del Riego, el 1 de enero de 1820, se pronunciaba en la localidad sevillana de Cabezas de San Juan. Mandaba el regimiento de Asturias, unidad que formaba parte del ejército concentrado para aplastar el movimiento insurreccional. En su pronunciamiento, Riego proclamó la Constitución de 1812, calificó al rey de ingrato y le acusó de asfixiar a su pueblo con impuestos onerosos y de llevar a miles de jóvenes a una guerra estéril.

Sin embargo, en las semanas siguientes, su recorrido por buena parte de Andalucía se saldó con un fracaso. Entrado el mes de marzo, cuando, perseguido por los realistas, se dirigía por Extremadura hacia la frontera portuguesa para buscar su salvación en el exilio, tuvo noticia de que su iniciativa había encontrado eco en el norte, donde varias guarniciones habían proclamado la Constitución. En Madrid, los liberales también se habían echado a la calle, y Fernando VII, asustado (al igual



EL INTRIGANTE SIN FIN

Fernando VII conspiró una y otra vez en contra de los liberales

■ **LA DECLARACIÓN DE APOYO** constitucional de Fernando VII (arriba, retratado por Goya) en el manifiesto del 10 de marzo de 1820 no respondía a sus auténticas intenciones. Defensor a ultranza de sus prerrogativas como monarca absoluto, conspiró contra los liberales desde el primer momento.

■ **DIO RESPALDO A LAS REVUELTAS** realistas de principios de 1821 en el País Vasco, Navarra, Aragón, Cataluña y Castilla. Al año siguiente, aprovechó la rebelión de los batallones de la Guardia Real (un reducto de absolutistas) para detener a miembros del gobierno y tratar de hacerse con el poder, aunque fracasó. Apoyó aquel mismo año la

creación de la llamada Regencia de Urgel, creada en esta ciudad por el marqués de Matallorda con la ayuda del barón de Eroles y el arzobispo de Tarragona. Proclamaron a Fernando VII monarca absoluto, aunque con poco éxito, y se negaron a reconocer sus decretos, al considerar que era preso de los liberales. Llamó en su auxilio a las potencias absolutistas de Europa, coaligadas en la Santa Alianza, cuyo resultado fue la intervención de los Cien Mil Hijos de San Luis, que lo repusieron en el trono, iniciando una feroz persecución contra los liberales.

■ **ESA ACTITUD DE DOBLEZ** y fingimiento acrecentó de forma importante el apelativo de “rey felón” que ha acompañado a la imagen de Fernando VII.

que su padre, siempre tuvo un miedo cerval a los motines populares), había aceptado la carta magna. Promulgó un manifiesto en el que afirmaba haber jurado la Constitución, de la que sería "siempre su más firme apoyo", y concluía con el conocido: "Marchemos francamente, y Yo el primero, por la senda constitucional".

No hay dudas de que Fernando VII se vio forzado a admitir la Constitución. Sin duda, el manifiesto en que hacía tales afirmaciones había sido redactado por los liberales, pero podía haberse opuesto a firmarlo en tales términos, dado que su desafección por el sistema constitucional era pública y notoria. Fue un trágala, como cantaban los liberales a los realistas y al propio monarca. Pero desde el primer momento apoyó las conspiraciones de los realistas, que, al igual que los liberales durante la etapa anterior, buscaron en él el pronunciamiento la forma de derribar al gobierno. Fue él quien instigó la sublevación de la Guardia Real que se enfrentó a la Milicia Nacional (cuerpo de voluntarios defensores del sistema constitucional), aunque esta logró aplastarla.

Doble faz

Fernando VII ofrecerá dos caras que acabarán de perfilar su imagen de rey felón. Por un lado, decía asumir el sistema constitucional de manera franca y sincera, afirmando que él sería su más firme apoyo. Por otro, atizaba los enfrentamientos entre las dos facciones del liberalismo, al tiempo que alentaba a los absolutistas que habían establecido una regencia en la seo de Urgel, considerando que el rey estaba preso de los liberales. Esa actitud provocó que los gobiernos moderados (formados por los llamados doceañistas, por el año de la Constitución de Cádiz) de los primeros tiempos del Trienio dieran paso al de los exaltados (que recibían el nombre de veinteañistas, en alusión al año en que empezó el Trienio). Estos abogaban por una nueva carta magna que recortara los poderes que la de 1812 otorgaba al rey.

Por numerosas zonas aparecieron partidas de absolutistas. Pero, pese a los conflictos internos y la debilidad de los liberales, se mostraron incapaces de subvertir la situación. Eso llevó al monarca a negociar en secreto una intervención extranjera impulsada por la Santa Alianza, coalición de



LOS CIEN MIL HIJOS de San Luis en La Coruña, 1823. Lienzo de Hippolyte Lecomte, 1834.

las principales potencias absolutistas de la época (Austria, Rusia y Prusia) surgida en el marco del Congreso de Viena para mantener los principios en que se asentaba el Antiguo Régimen.

La historiografía española tradicional defiende que, en el Congreso de Verona, celebrado en noviembre de 1822 en esta ciudad italiana (entonces bajo dominio austríaco), se tomó la decisión de dar respuesta a la petición de auxilio de Fernando VII. Pero esa disposición no está recogida en ningún documento. La condena que se hizo del liberalismo español en dicho congreso se ha interpretado como un acuerdo para intervenir militarmente

y restituir a Fernando VII como monarca absoluto. Esa decisión sería el punto de partida de la expedición de los Cien Mil Hijos de San Luis, un ejército francés apoyado por un numeroso contingente de realistas españoles que, en la primavera de 1823, invadiría España y acabaría en pocos meses con el gobierno liberal.

Investigaciones recientes han puesto en tela de juicio la existencia de ese acuerdo, que apareció en la prensa británica, en virtud del cual las potencias de la Santa Alianza encomendaban a Francia (incorporada al grupo en 1818) la invasión de España. El diplomático François-René de Chateaubriand, representante francés en



Verona, siempre negó papel alguno de la Santa Alianza en esa invasión, considerándola una exclusiva victoria de su país (a los franceses les seguía escociendo la derrota de Napoleón) sobre España.

París retiraba en enero de 1823 a su embajador en Madrid, y el monarca Luis XVIII pronunciaba un discurso afirmando que cien mil franceses estaban “dispuestos a marchar invocando al Dios de San Luis para conservar en el trono de España a un nieto de Enrique IV”.

El ejército francés entró en España en los primeros días de abril de 1823, y avanzó hacia el sur sin apenas obstrucción. Fernando VII y la familia real acompañaron

a las Cortes, primero a Sevilla y después a Cádiz, donde los liberales ofrecieron una mayor resistencia y la ciudad fue bombardeada. Los liberales llegaron a un acuerdo con el ejército invasor, por el que Fernando VII dejaría de estar retenido por la Cortes a cambio de su compromiso de respetar las libertades y la Constitución de 1812. El monarca, apenas se vio libre, incumplió su palabra.

El 1 de octubre firmaba un decreto, publicado en la *Gaceta de Madrid* el 7 de ese mes, donde, entre otras cosas, decía: “Bien públicos y notorios fueron a todos mis vasallos los escandalosos sucesos que precedieron, acompañaron y siguieron al esta-

blecimiento de la [...] Constitución [...] en el mes de marzo de 1820, la más criminal traición, la más vergonzosa cobardía, el desacato más horrendo a mi Real Persona, fueron los elementos empleados para variar esencialmente el gobierno paternal de mis reinos [...]. La Europa entera conociendo profundamente mi cautiverio [...] determinaron poner fin a un estado de cosas que era escándalo universal [...]. He venido en decretar lo siguiente: son nulos y de ningún valor todos los actos del gobierno llamado constitucional [...] que ha dominado mis pueblos desde el 7 de marzo de 1820 hasta hoy”.

La venganza

Comenzaba una nueva etapa del reinado de Fernando VII, conocida como la *Década Ominosa*, durante la cual el rey persiguió con saña y sin tregua a los liberales. Los que pudieron huir, buscaron refugio en Gran Bretaña. Quienes no lo consiguieron y fueron detenidos, pagaron con su vida la defensa de sus ideales. Significó la muerte, entre otros, de Riego, el Empeinado o Mariana de Pineda. Más allá de los “panegíricos adulatorios” de la literatura oficial de la época, el monarca aparece en esta etapa como un ser vengativo e hipó-

EN 1823 COMENZABA LA DÉCADA OMINOSA, DURANTE LA CUAL EL REY PERSIGUIÓ SIN TREGUA A LOS LIBERALES

crita, además de mentiroso y marcado por la cobardía. Todo ello se acompañaba de una falta de interés por los asuntos de Estado y una especie de hedonismo como elementos definitorios de su personalidad. El perfil físico era a estas alturas de su vida el de un hombre cada vez más obeso, aquejado de gota a consecuencia del consumo excesivo de carnes rojas. Por otra parte, el asma que había padecido desde joven se acentuaba con el paso de los años. Estas dolencias no le hicieron perder su afición por las mujeres, siendo asiduo visitante de los prostíbulos más concurridos de Madrid. Gregorio Marañón dirá de él que reunía las cualidades de “un pillo”, y José Luis

El rey que perdió América

LA EMANCIPACIÓN DE ESTADOS UNIDOS Y LA GUERRA DE INDEPENDENCIA ESPAÑOLA CONTRA FRANCIA ANIMARON A LA ÉLITE CRIOLLA A EMPRENDER SU LUCHA

■ **LA INDEPENDENCIA** de las colonias inglesas en América del Norte a finales del XVIII alentó los deseos de emancipación entre los criollos, la élite social de nuestro imperio colonial. A ello se sumó la presencia de militares (también diputados que acudieron a la reunión de las Cortes en Cádiz) del otro lado del Atlántico en un momento como el de la guerra de la Independencia. Los primeros movimientos insurreccionales, en torno a 1810,

fueron contenidos por las tropas realistas, y en 1814, los diferentes virreinos estaban pacificados, salvo algunas zonas de Argentina. Pero era solo una apariencia. Al año siguiente, con Fernando VII ya de regreso en España, Bolívar, San Martín y Sucre dieron continuidad al movimiento insurreccional.

■ **HASTA 1818** no se produjeron novedades importantes. Pero, a partir de esa fecha, las

dificultades para enviar tropas desde la península (flota comprada a Rusia) y la incapacidad de Fernando VII y su camarilla para afrontar la insurrección complicaron la situación de las autoridades españolas. En las batallas de Carabobo (1821; abajo, boceto de Martín Tovar), Pichincha (1822) y Ayacucho (1824), los insurgentes derrotaron a las tropas realistas, poniendo fin al dominio español en América, salvo en Cuba y Puerto Rico.





MARÍA CRISTINA atiende a un Fernando VII enfermo en 1832, por Federico de Madrazo.

EL REY NO AFRONTÓ LAS REFORMAS QUE EL PAÍS NECESITABA, SOBRE TODO TRAS LA PÉRDIDA DEL IMPERIO COLONIAL

Comellas lo señalará como persona vulgar, pese a ser amante de la música (se le tenía por un hábil guitarrista) y aficionado a la lectura y al teatro. Alguno de sus biógrafos lo ha considerado hogareño, pese a sus continuas infidelidades matrimoniales. En esta segunda etapa de absolutismo, el monarca no restauró el tribunal de la Inquisición, por lo que los sectores más reaccionarios se consideraron agraviados. Su protesta dio lugar en 1827 a la denominada en Cataluña –donde esos agraviados eran muy numerosos– guerra de los *malcontents*. Estos ultramontanos se agruparon en torno al infante don Carlos, heredero del trono ante la falta de descendencia del monarca, constituyendo el germen de lo que más tarde se conocería como el carlismo.

Carente de imaginación y manteniendo como gabinete efectivo una camarilla de amigos, Fernando VII no afrontó las reformas que el país necesitaba, sobre todo después de la pérdida del imperio colonial. Tras su cuarto matrimonio con María Cristina de Nápoles, el nacimiento de dos hijas, Isabel en 1830 y Luisa Fernanda en 1832, hizo que modificase, aunque solo en parte (ordenaba el fusilamiento del general Torrijos y sus compañeros en diciembre de 1831), su actitud hacia los liberales. Buscó el apoyo de los sectores más moderados para que apoyaran a Isabel como reina frente a las pretensiones de su hermano, el mencionado infante don Carlos. Este era un ferviente defensor de los fundamentos del Antiguo Régimen y del absolutismo, e invocaba la ley sálica para sucederle en el trono, ante la falta de descendencia masculina.

Poco resuelto y falto de criterio, las dudas lo asaltaron en los últimos años de su reinado, lo que dio lugar a importantes tensiones en el entorno cortesano. Firmó la derogación de la ley sálica y promulgó la Pragmática Sanción para allanar el camino de su hija hacia el trono, pero la

revocó posteriormente por influencia del ministro de Gracia y Justicia, Tadeo Calomarde, para volver a ponerla de nuevo en vigor poco antes de morir.

A Fernando VII le tocó reinar en un tiempo convulso. La sacudida vivida por Europa como consecuencia de las guerras napoleónicas y el choque ideológico entre los defensores del Antiguo Régimen y los partidarios de planteamientos constitucionales, herederos de la Revolución Francesa, hubieran requerido de una personalidad muy diferente para haber evitado, o cuando menos amortiguado, las dificultades que acompañaron en España el alumbramiento del estado liberal, que se consolidará tras su muerte, a partir de 1833. ■

PARA SABER MÁS

ENSAYO

ARTOLA, Miguel. *La España de Fernando VII.* Barcelona: Planeta, 2008.

SÁNCHEZ MANTERO, Rafael. *Fernando VII.* Madrid: Arlanza, 2001.

NOVELA

CORRAL, José Luis. *El rey felón.* Barcelona: Planeta, 2009.